

obediencia y fidelidad: tus jefes son unos rebeldes y unos perjuros. ¿No te avergüenzas de apoyarlos haciendo así traición á tu Dios y á tu Patria?

Despavorido el soldado cayó de rodillas pidiendo perdón.

—Te lo concederé si me obedeces y cumples con tu deber.

Pocos instantes después, con auxilio de aquel buen soldado, franqueaba García Moreno las puertas de la prisión, y, acompañado de un fiel general, salía de Riobamba, tomando á escape de camino de Calpi, donde según sus instrucciones, debían reunirse sin demora sus más resueltos partidarios.

Después de esta extraña aventura y viendo que todo se desmoronaba en rededor suyo, ¿abandonará desesperado la partida? Creerlo fuera desconocer al hombre que jamás conoció obstáculos, porque jamás retrocedió ante la muerte.

Una hora después de su salida de Riobamba, se reunió en Calpi con catorce valientes que allí se habían incorporado para ponerse á sus órdenes, decididos á seguirle á cualquier parte que les condujera. Sin dejarles tiempo para reflexionar, sugirióles la extraña idea de volver inmediatamente por el camino de Riobamba para tomar de nuevo el mando de las tropas sublevadas y castigar á los principales rebeldes. Todos aprobaron el proyecto y la pequeña fuerza se puso en marcha fiando la ejecución á la reconocida audacia de su jefe.

A su entrada en la población, reinaba en las saqueadas casas la silenciosa calma que sigue á una noche de orgía. Muchos jefes cargados de botín, habían huído, y los restantes, entre ellos el capitán Palacios, principal cabeza del motín, estaban ebrios ó dormidos.

Sin pérdida de momento, García Moreno prendió á Palacios con los principales bandidos y los condujo á la plaza, donde instaló un Consejo de Guerra compuesto de sus catorce compañeros á caballo y armados hasta los dientes. Palacios fué el primero en comparecer, sin que á consecuencia de su embriaguez se diera completa cuenta de su terrible posición. Condenado á muerte, contestó con insolencias á sus jefes; pero bien pronto la voz severa de García Moreno le recordó la realidad:

—Tenéis media hora para prepararos á morir,—le dijo;—ni un minuto más.

Había allí un sacerdote para reconciliar con Dios á aquellos culpables, pero Palacios rechazó su ministerio, y á la hora fijada, el bandido cayó á la descarga del pelotón de ejecución.

Muchos oficiales habían sufrido ya la misma suerte, cuando fué